

RAIMÓN SAMÓS

El maestro
de las Cometas



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Narrativa

EL MAESTRO DE LAS COMETAS

Raimon Samsó

1.ª edición: septiembre de 2025

Corrección: *M.ª Jesús Rodríguez*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2003, Raimon Samsó Queraltó
(Reservados todos los derechos)

© 2003, 2025, Ediciones Obelisco, S. L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-317-6

DL B 8866-2010

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Agradecimientos.....	9
<i>Uno.</i> La fuerza de la aceptación.....	11
<i>Dos.</i> El campo de todas las posibilidades	23
<i>Tres.</i> Todo corazón alberga un anhelo.....	33
<i>Cuatro.</i> El poder de la confianza	43
<i>Cinco.</i> El sendero del desapego.....	53
<i>Seis.</i> Los peldaños del aprendizaje	63
<i>Siete.</i> El sueño crece	73
<i>Ocho.</i> El proceso es el resultado.....	83
<i>Nueve.</i> El sueño hace al soñador	93
<i>Diez.</i> Final	105
Apéndice	107

*Elevó una cometa para alcanzar el cielo.
Y el cielo le devolvió el sueño de su corazón hecho realidad.*

Agradecimientos

Mi recuerdo para todas aquellas personas de quienes aprendí algo inspirador; y que fueron absolutamente todas las personas que llegaron a mi vida y tocaron mi corazón de un modo u otro.

Mi amor para Laura Conesa, Paz Puente, Marta Díez Josep Cussó, Salvador Chicharro y Joan Sagués, por su cariño y apoyo incondicional. Os llevo siempre en el corazón.

Mi agradecimiento a Ediciones Obelisco y a su editor, Juli Peradejordi, por su confianza en mí y en mis manuscritos; a él le debo cada palabra que he escrito desde que publicó el primero de mis libros.

Mi gran regalo sois vosotros.

Raimon Samsó

Uno

La fuerza de la aceptación

Desde tiempo sin principio, el atardecer enciende el cielo del Tíbet. Cuando el crepúsculo gana la cima de las montañas de nieves perpetuas, el color púrpura invade el firmamento y cubre de melancolía la mirada de quien lo contempla. Los jirones de las nubes se tiñen bajo una luz cambiante de tonalidades de asombro. Apenas se alarga unos instantes; y, sin embargo, la maravilla de ese momento permanece para siempre en el recuerdo. No existe ningún otro lugar donde, a causa de la altura, los colores sean tan luminosos ni la atmósfera tan transparente, ni la luz tan intensa... más que en el Tíbet, el techo del mundo.

Al caer la tarde, como de costumbre, los peregrinos procedentes de todo el país, y de las estepas de Mongolia, se reúnen en los alrededores del templo más sagrado de Lhasa, el Jokhang. Agotados por el largo viaje, descansan extasiados ante la majestuosa vista del palacio del Pótala, sobre la colina del Mepori, mientras los últimos rayos del sol se reflejan sobre sus tejados dorados y sus muros inclinados de color blanco y bermellón.

Después de recorrer la carretera circular de Lhasa, los peregrinos, cubiertos de polvo y con su escaso equipaje a la espalda, llegan hasta el templo del Jokhang en el corazón de la ciudad. Sus últimas postraciones las realizan sobre las losas de granito a la puerta del templo, flanqueada por columnas rojas y doradas.

En su interior, oran ante la imagen del Buda Sidharta y depositan una ofrenda de ramas de enebro y artemisa para quemar. Los monjes, a los pies de la soberbia estatua, se encargan de hacer circular a los peregrinos. Una vez fuera del templo, éstos hacen rodar los molinos de oraciones salmodiando las sílabas simientes: *Om mani padme hum*.

No lejos de la ciudad de Lhasa, en el monasterio de Drepung, el anciano lama Guendun Rimpoché, conocido en la comunidad como el maestro de las Cometas, concluía la jornada en su taller.

Bajo la exigua luz de las lámparas de quemar, se levantó de su mesa de trabajo y guardó, con sumo cuidado, la cometa terminada. En las paredes, prendidos aquí y allá, infinidad de esbozos de cometas. En un rincón se amontonaba madera traída de la India destinada a confeccionar las varillas y, también, caña de bambú procedente de China. El desgastado suelo estaba salpicado por los goterones que se escurrían de las lamparillas de manteca de *yak* colgadas del techo. El rancio olor de su humedad invadía el ambiente y se mezclaba con el del incienso.

El anciano apagó las lámparas y se acostó sobre su esterilla. Las sombras se apoderaron de la estancia y, mientras aguardaba el sueño, podía oír a lo lejos gruñir a un *yak*, ladrar a los perros sin amo, y el ir y venir de las ratas sobre el tejado. A través de una rendija en la techumbre, se colaba un hilo de luz de luna que parecía brillar para nadie en medio del cielo estrellado.

Drepung, el mayor monasterio del Tíbet, integraba varios centros de estudios religiosos y filosóficos. En él, millares de

monjes tibetanos, nepalíes y mongoles convivían en una gran ciudadela amurallada con sus plazas, sus callejas sinuosas y empinadas, las residencias para los novicios y las casas de los monjes y de los lamas. El significado de su nombre, «montón de arroz», aludía al entramado de construcciones escalonadas en terrazas que se encaramaban, junto al río KyiChu, en la ladera de una montaña de tres picos.

Con los primeros rayos del sol, el anciano maestro se dispuso a hacer volar la cometa que concluyó la víspera. Enfiló el camino que le conducía a campo abierto. A cada tanto, a un lado y otro del polvoriento sendero, se cruzaba con piedras apiladas por los peregrinos y ofrendadas a los espíritus de los valles, los ríos y las montañas.

Tras elegir un lugar apropiado, elevó la cometa, impulsada por la fuerte corriente del norte. La hizo planear ingrávida antes de que una súbita ráfaga de fuerte viento la zarandease. La tela no estaba tensada y eso la hizo vibrar. Sin duda, necesitaba más superficie de vuelo para ganar estabilidad. Consiguió que descendiera en un vertiginoso picado para remontar el vuelo a escasos metros del suelo, cuando parecía ya inevitable que se despedazaría. Después, con un leve gesto de muñeca, hizo que se acostara sobre el suelo.

Un joven novicio del monasterio, que regresaba de recolectar forraje, observaba ensimismado la magia y elegancia de las evoluciones de la cometa. Le pareció sorprendente ver a un anciano manejando una cometa.

—¿Por qué haces volar una cometa? —le preguntó al fin.

—Aunque pueda parecer un juego, no lo es.

El pequeño novicio, cuya túnica indicaba que aún no había sido ordenado, se mantuvo en silencio sin comprender lo que el lama le había contestado. De modo que insistió:

—¿Por qué haces volar una cometa?

Esta vez el anciano lama le respondió:

—La estoy probando.

—¿Puedes hacerlo cuando quieras sin que los superiores te reprendan? —preguntó, incrédulo, el muchacho mientras se frotaba con la mano su cabeza rapada.

El lama sonrió con indulgencia y espetó:

—¿Y tú, pequeño *chela*, puedes mantener una conversación sin hacer tantas preguntas?

Y aún agregó:

—Verás, es mi tarea asignada. ¡Y la cumplo muy satisfecho! Soy el maestro de las Cometas de la lamasería de Drepung. Aunque te pueda parecer insólito, éste es precisamente mi trabajo en la comunidad: construir cometas para nuestros festivales.

Y añadió con una sonrisa bonachona:

—¡Supongo que ya estoy muy viejo para otras cosas! —bromeó.

Un gesto de asombro se dibujó en el rostro infantil del novicio. «Ésa sí es una buena ocupación —pensó para sí— y no tener que estudiar los textos sagrados sin tiempo para jugar con el resto de los alumnos.» Le pareció una extraña ironía llegar a adulto; más aún, anciano, ¡para poder hacer volar cometas! Y, sin embargo, él, siendo un niño, debía hundir su rostro en los libros. «¡Qué terrible contradicción! ¡El mundo al revés!», pensó.

Tenzin Lonchenpa, ése era el nombre que recibió cuando ingresó en el monasterio de Drepung tres años antes, había aprendido a leer, escribir y memorizar textos. Como novicio, estudiaba para ser ordenado monje. La vida lamástica era de normas rígidas y adaptarse a ellas le resultó muy duro al principio; sin embargo, con el tiempo aprendió a valorar las ventajas de la disciplina.

El anciano lama, amable y conversador, hablaba desde el corazón. Siempre disponía de alguna historia sugestiva que contar. Tenía el rostro cubierto de arrugas, poseía unos ojos diminutos que se cerraban al sonreír; y, como buen tibetano,

sonreía a menudo. Sabía de todo. Por leer y por viejo, por las dos cosas. Se le adivinaba su amor a la vida. Decía a menudo que, por cada ser encarnado, mil aguardaban el privilegio de nacer.

El maestro de las Cometas pareció adivinar los pensamientos del contrariado muchacho y, enseguida, le consoló:

—Yo también estudié sin descanso cuando era un joven discípulo como tú. Comprométete. Aprende a amar lo que haces en cada instante, aunque no ames todo lo que debes hacer. Trata de comprender su utilidad.

Únicamente, cuando desempeñes una tarea ingrata con aceptación, quizá entonces sea la última vez que la realices. Es sorprendente cuánto mejoran las cosas cuando empezamos a aceptarlas —concluyó.

Acuérdate de esto: sólo puedes dejar atrás lo que detestas cuando lo aceptas, aprendes a amarlo o comprendes todo cuanto puede enseñarte.

Pero, como a cualquier muchacho, a Tenzin le desagradaba la incomodidad del proceso de aprendizaje.

—¿Cuál es tu nombre?

—Tenzin Lonchenpa.

—Celebro este encuentro. Mi nombre es Guendun Rim-poché.

Y así fue como se conocieron el anciano maestro de las Cometas y el pequeño novicio que formulaba una pregunta tras otra.

—Tenzin, ¿quieres ayudarme?

—¡Sí! —respondió sin dudar un instante.

—Corre hasta la cometa, agárrala por la caña y tráela hasta aquí mientras recoges el hilo.

El muchacho obedeció sin vacilar.

—Otro día, si quieres, tráeme una oración escrita para tu familia y la prenderé en la cola de la cometa para que el viento la repita al ondearla.

El novicio asintió con la cabeza agradeciendo aquella bondad.

Echaba de menos a sus padres desde que se separó de ellos a los ocho años para ingresar en la lamasería. La tradición, en toda familia, era que uno de los hijos ingresara en un monasterio. Desde hacía muchas generaciones, siempre había un miembro de la familia en el monasterio de Drepung. Recibir educación en las únicas escuelas del país, los monasterios, suponía un gran honor y una gran suerte.

Tenzin no había vuelto a ver a sus padres desde entonces. Algunas veces, durante la noche, una lágrima recorría su mejilla al recordarlos. Pero, de inmediato, se repetía que estaba allí para ser un monje. «Y los monjes no lloran», se decía a sí mismo.

Drepung contaba con una biblioteca y una imprenta donde fabricaban papel para uso propio. Los novicios aprendían a escribir con plumas sin tinta; sólo, mucho más tarde, se les permitía escribir sobre papel. Los libros eran de gran tamaño, apaisados y con las páginas sin atar. Sus pesadas tapas de madera solían estar trabajadas. Los libros de rezos de los monjes, no obstante, eran de menor tamaño, con las hojas apiladas entre dos tablillas también de madera.

Copiar y traducir viejos textos era una tarea de gran mérito. Sin embargo, el corazón del pequeño novicio cabalgaba llevado por el viento en otra dirección. No era infrecuente que un aspirante a monje, desalentado de la vida monástica, buscara en las enseñanzas de un maestro la orientación que no hallaba en la lamasería.

Algo así le iba a ocurrir a él.

Mientras los dos caminaban de vuelta al monasterio por el sendero que transcurría junto al río, el muchacho afirmó:

—Preferiría crear algo hermoso en lugar de transcribir textos antiguos. Los sesudos maestros no hacen más que ponerlo todo por escrito, ¡libros y más libros...! A mí me apasiona el cielo. ¡Es grande como un océano transparente! ¡Y, llevado por el viento, se puede llegar a tantos lugares...! —dijo suspirando como si pudiese ver el mundo montado en una cometa—. ¡Con certeza, todo lo que en tierra firme es grave y serio, desde allá arriba, debe parecer una pequeñez!

Saltó por encima de un charco y prosiguió:

—Por desgracia, mi lama tutor espera que aprenda a copiar los escritos de la biblioteca del monasterio. Y algún día, traducir del sánscrito al tibetano libros traídos de la India; del mongol, antiguos edictos imperiales y archivar cientos de legajos amarillentos de los viejos registros del Pótala. Reconozco que se me dan bien las letras, sin embargo...

—Y, sin embargo, tú prefieres las tareas manuales, ¿me equivoco?

—Mi padre es artesano y yo he heredado de él esa habilidad. De niño jugaba a moldear el barro y le ayudaba.

—Dedicar una vida a lo que no alegra el corazón es sobrevivir y eso resulta desalentador. Nunca te sentirás gratificado por lo que, en realidad, no amas de verdad —afirmó el lama.

De vuelta en el monasterio, el anciano lama acompañó al pequeño novicio hasta las cuadras para entregar el forraje. Después, continuaron por las estrechas y empinadas calles hasta llegar al taller del maestro de las Cometas.

Celebra tu insatisfacción, joven *chela*, pues tu corazón quiere hacerte ver algo importante. Todo lo que llega hasta ti es para tu mayor bien, no para fastidiarte.

Sin embargo, Tenzin no encontraba en aquellas palabras ninguna razón para alegrarse de su creciente inquietud y desasosiego.

—¿No te das cuenta?, la incomodidad te empuja a cambiar. Ya nada volverá a ser igual. Y, cuando ese proceso se inicia, ya no hay vuelta atrás.

»Todo cambio externo se produce después de una evolución interna y no al revés. Y, créeme, cuanto mayores son los cambios deseados, mayor es la transformación personal para conseguirlos.

—Alentador, pero ¿cómo voy a celebrar el descontento?

—A veces las personas se sienten engañosamente «felices», cuando en lo más profundo se sienten insatisfechas. Fíjate en la polilla que vuela hacia la lámpara en busca del calor que le hará sentirse momentáneamente bien. ¡Sin embargo, esa misma llama será la causa de su muerte! Los seres humanos a veces también se autodestruyen en la búsqueda de la satisfacción inmediata.

Como el novicio se resistía a aceptar sus explicaciones, el maestro le contó la siguiente historia:

—Había una vez un buscador de la verdad. Cuanto más aprendía con la mente, más insatisfecho se hallaba.

De tanto buscar, nada satisfactorio encontraba. Y así, cansado de probarlo todo, acudió a un maestro. Éste, tras advertir su desencanto, le habló de este modo:

«A quienes buscan la felicidad y sólo encuentran insatisfacción, les enseño a vaciar su mente de razones insustanciales. Les digo que no han sabido buscar. Y les invito a vaciarse de todo, y a llenarse de sí mismos, para escuchar en su interior. No hay más felicidad que la de un espíritu esclarecido y en paz».

Fue así como Tenzin reconoció en aquella resistencia interior una señal de un aspecto de sí mismo que debía sanar. Y que el *dukkha* (el sufrimiento y la insatisfacción) era el vehículo que conduce a corregirse a uno mismo.

—¿Ocurre igual con las personas? Quiero decir, ¿he de agradecer que haya quien me haga enfadar? —preguntó el novicio con un gesto de desgana.

—¡Por supuesto! ¡Son auténticos maestros disfrazados de enemigos!

—¿Maestros? Tal vez, pero, ¡qué doloroso resulta aprender a fuerza de recibir palos!

Acuérdate de esto, Tenzin: cuando nada puede ser como antes, es porque no debe ser como era. Hay un sentido profundo del orden en la agitación y el caos.

—Entonces, maestro, ¿cómo he de comportarme en medio de una experiencia difícil?

—Aceptándola sin más. Tu resistencia sólo aumenta su tamaño y la perpetúa. Créeme, no podrás librarte de nada que no hayas aceptado antes. Ésta es una gran verdad.

El novicio frunció las cejas y objetó:

—¡Es una gran contradicción! —exclamó. Y, acto seguido, se disculpó por su respuesta impertinente.

—¿Acaso te he dicho que sea una evidencia? —le aclaró el maestro sin la menor señal de enfado—. Puede parecerte absurdo pero, en realidad, así es.

»Aprende a amar lo que aborreces y se disolverá por sí solo cuando dejes de alimentarlo con tu rechazo. Al modificar tu actitud, la vida entera se adapta a ese cambio y se transforma para ti.

—Parece más fácil decirlo que hacerlo.

—No creo que hayamos nacido para alcanzar un logro sencillo, sino para convertirnos en auténticos gigantes del conocimiento. Las circunstancias por las que pasamos sirven para la evolución del espíritu y no habrían sucedido si no fuera así.

—Trato de comprenderlo... —dijo sin demasiado convencimiento.

—Ya sé que es mucho más cómodo esperar que las cosas cambien por sí solas, y, de ese modo, ahorrarte el esfuerzo y la molestia de cambiar tú. Pero no es así como se vive una vida extraordinaria.

—Expresado de esa forma parece sencillo —concedió.

—Es sencillo, aunque no fácil. El mayor secreto de la felicidad está en aceptar lo que llega a nuestras vidas y en soltar lo que se va. Sé que cambiar puede resultar doloroso; pero, no más que continuar como hasta la fecha. Dime, ¿dónde está el verdadero riesgo?

—En seguir siendo el mismo, sin duda. Pero, dime, la aceptación llevada a ese extremo... ¿no es conformismo?

—¡De ningún modo! Sólo digo que más importante que lo que nos ocurre es qué elegimos hacer con ello. La aceptación siempre resulta muy liberadora.

Se cruzaron con otros monjes que iban y venían bajo sus hábitos azafrañados.

—Hay hombres de dos naturalezas: aquellos que escriben sus palabras en la arena y su mensaje, por tanto, desaparece pronto; y aquellos que las escriben con firmeza en la piedra para que permanezcan inalterables.

»Atiende, pequeño *chela*, porque ésta es la receta para conquistar tu vida: mantén tu mano dúctil como la arena, pero escribe con trazo firme y seguro como en la roca. Sé tierno ante el amor, pero fuerte ante el temor.

—No lo olvidaré, dúctil y firme... tierno y fuerte... —repitió Tenzin para grabarlo en su memoria.

—Eso es, aprendes muy deprisa —el maestro apoyó su mano sobre el hombro del muchacho y prosiguió—: Permíteme expresarlo de otro modo: aceptar lo que llega no significa entregarse

a la indiferencia; al contrario, es un acto de auténtico amor que requiere un gran valor y comprensión.

—Prometo meditar sobre esta excepcional clase de valentía, venerable lama.

—Algún día aprenderás que el coraje es el camino del corazón y el que ha de llevarte más lejos —añadió.

Se detuvieron. Habían llegado frente a la casa del maestro. Tenzin se acordó de que debía reunirse de nuevo con sus compañeros sin demora.

—¿Puedo volver mañana y ayudarte a reparar la cometa?

—Puedes, si te lo permiten tus superiores —concedió el maestro.

El muchacho repitió tres veces *thu-je-chhe* mostrando su agradecimiento. Y se despidieron con una reverencia.

Tenzin se marchó corriendo, sujetándose la túnica para no tropezar con ella; y el anciano lama entró con la cometa bajo el brazo. Esbozó una sonrisa al recordar cuando tenía la misma edad del joven e idéntica curiosidad. Como él, no cesaba de formularse preguntas. Y como él, no admitía un interrogante sin respuesta.

Puso la cometa encima de la mesa de trabajo y la desmontó. Decidió aumentar la superficie de vuelo. Para ello, sustituyó las varillas por unas más largas. Sobre la nueva estructura, cosió una tela mayor asegurándola con pelos de caballo hervidos. Por último, anudó la cola. Y la cometa quedó lista para volar.

Dos

El campo de todas las posibilidades

Pasó un tiempo hasta que, impaciente por reunirse de nuevo con el maestro de las Cometas, el novicio le visitó.

Su modesta casa se hallaba en un extremo de la ciudadela, aunque dentro del recinto amurallado. Como la mayoría de las edificaciones, poseía una fachada encalada, ventanas trapezoidales y un tejado plano.

—*Tashi delek* —saludó a la manera tradicional tibetana mientras hacía una reverencia.

—*Tashi delek*. Entra, Tenzin Lonchempa. Sentía que no tardaríamos en vernos.

Como muestra de respeto, el novicio le había llevado un *khata* (pañuelo blanco de gasa) con el que rodeó su cuello y después unió sus manos. El anciano lama le devolvió el saludo agradecido por su amabilidad.

—Adelante, déjame enseñarte mis cometas. ¿Quieres verlas?

Los ojos del pequeño novicio se iluminaron.

—¡Claro! ¡Desde luego que sí!

El taller consistía en una única estancia, decorada con algunos *tangkas* (pinturas tradicionales sobre tela) y un parco mo-

biliario. Las vigas y las columnas de madera estaban ennegrecidas por el paso del tiempo. Mediante una escalera de mano, podía acceder a un altillo tapizado con una alfombra raída sobre la que desenrollaba su esterilla para dormir. Contaba, además, con un patio que utilizaba como almacén. Allí, bajo un cobertizo, guardaba tejidos de seda, carretes de hilo de diferente grosor y pigmentos de todos los colores.

Se fijó en una cometa que contenía dos farolillos en su interior y que representaban los ojos de una divinidad de aspecto feroz.

Sus ojos acechaban amenazantes y sus fauces exhibían afilados colmillos. Según le explicó, se usaba en las celebraciones nocturnas del monasterio y su luz podía distinguirse en la oscuridad.

—Fíjate bien en ésta —observó el lama—, es una cometa china que descubrí entre los cachivaches de un mercader del Barkhor. Su ornamentación es desmedida. Aquí hay más cometas. Unas caracterizan animales; otras, personajes de viejas leyendas tibetanas: dioses, semidioses y demonios.

El muchacho se encogió de hombros, señaló una, y esbozó una sonrisa divertida:

—¿Qué animal es éste?

—Representa una extraña bestia mitad dragón, mitad águila. Algunas cometas personifican demonios sacados de tradiciones populares muy anteriores al budismo.

—¿Conoces sus nombres? —quiso saber Tenzin.

—No todos. Nuestro pueblo es muy supersticioso y en sus anales abundan infinidad de divinidades anteriores al budismo. Nosotros, los monjes, debemos respetarlas.

Los ojos de Tenzin se fijaron sobre una cometa con una forma que le resultaba más familiar: los chiquillos solían manejarlas en la fiesta anual de las cometas.

—Aquí tienes una romboide. Es simple pero efectiva. Éstas resultan fáciles de manejar. Yo las utilizo para probar materiales, nada más.

Aquel comentario hizo que se disparase una nueva pregunta del muchacho:

—¿Con qué las construyes?

—La seda proviene de China, al igual que el bambú. La madera, en cambio, llega del norte de la India.

—Parecen costosas... —pasó su mano sobre una cometa acariciándola.

—Algunas lo son. Las caravanas de mercaderes nepaleses que entran y salen del país suministran más tarde que pronto a los comerciantes del Barkhor.

En el abigarrado mercado, era posible encontrar cualquier mercancía procedente de los países más remotos, sobre todo de la India, de donde procedían los objetos más prodigiosos, bártulos para cocinar, especias y elpreciado té.

La larga ruta del té verde empezaba en China y terminaba en Lhasa después de un largo viaje de cuatro meses, según las lluvias, a través de las montañas del Himalaya.

El Barkhor reunía una interminable sucesión de pequeños tenderetes amontonados a ambos lados de la calle alrededor del templo sagrado del Jokhang. Constituía un universo frágil de colores, sorpresas, voces, polvo y una mezcla de olores. Sus vendedoras, de expresión sonriente, ojos almendrados, caras de luna llena, tez tostada y largas trenzas, iban ataviadas con los tradicionales delantales a rayas.

Más allá, sujetos en la pared, algunos esbozos llamaron la atención del muchacho.

—Son cometas celulares de grandes dimensiones, muy estables a gran altura. Por su tamaño son capaces de elevar incluso a una persona.

Tenzin preguntó frunciendo el entrecejo:

—¿Y quién se sube en ellas?

—Algunos monjes se entrenan para volar y lo hacen a la perfección. Aunque por desgracia algunos han muerto en accidentes, suelen pilotarlas con pericia. En Drepung también tenemos monjes pilotos. Ya los conocerás.

Trató de imaginarse a aquellos héroes del cielo dirigiendo la cometa desde su interior, a muchos pies de altura, y entonces acarició la idea de emularles un día.

—¡Tenzin, vuelve a tierra! —le reprobió el maestro—. Presta atención, las de gran tamaño son muy resistentes, pero poco manejables. Se utilizan para acciones de vigía.

—¿En serio?! —exclamó Tenzin asombrado.

—Sí, así es. Tendrás ocasión de comprobarlo por ti mismo.

El maestro de las Cometas abrió un antiguo arcón de madera con aspecto de llevar mucho tiempo cerrado. Revolvió en sus entrañas hasta dar con lo que buscaba.

—¿Qué guardas aquí? —el muchacho estiró el cuello tratando de ver su contenido.

—Viejas cometas. Fíjate bien, ésta carece de estructura rígida, toma cuerpo gracias al viento. En pleno vuelo es muy hermosa, aunque ahora no puedas apreciar toda su belleza.

—Pero puedo imaginármela...

El lama sonrió y concedió:

—Me lo figuro.

Acuérdate de esto, Tenzin: las cosas más importantes de la vida son invisibles a los ojos; pero que no se vean no quiere decir que no existan.

El anciano hizo un ademán con la mano para que se sentase sobre unos descoloridos almohadones. Ambos doblaron sus piernas a la manera tibetana y echaron el faldón del hábito sobre el hombro.

El anciano maestro prosiguió:

—En el mundo de la materia, todo lo creado fue antes una intención en la mente de su creador.

—¿Un sueño?

—Sí. Unos se cumplieron; otros se desvanecieron víctimas del desinterés.

Cuando un sueño muere porque se deja de creer en él, el eco de un sollozo retumba en el sinfín del cosmos. Se convierte en una amarga lágrima que recorre todo el Universo de punta a cabo. Pero, afortunadamente, un día el sueño brota de nuevo en un corazón dispuesto y decidido a creer en él. Y, entonces, aquel dolor se transmuta en pasión por convertirlo en realidad.

Acuérdate de esto, Tenzin: creas en la realidad aquello en lo que crees en tu interior y alientas con una determinación a toda prueba.

Las cometas constituían el deporte nacional del país del viento. Los tibetanos las hacían volar durante todo el año, aunque la temporada más favorable empezaba en octubre.

El primer día de ese mes, desde el tejado del palacio del Pótala, se elevaba una gran cometa dorada con los ojos del Buda. Instantes después, infinidad de cometas, creando un tapiz multicolor, se elevaban sobre el valle para saludar el final de las lluvias y el principio de la estación seca.

La rivalidad, siempre amable, entre las lamaserías de Sera y Drepung, se reflejaba en todas las manifestaciones de los novicios de ambos monasterios. La fiesta anual de las cometas era una magnífica ocasión para enfrentar a ambas ciudadelas monásticas.

Afuera, el viento soplaba con fuerza y su incesante silbido atormentaba a los perros y los hacía aullar.

El anciano maestro le mostró al joven *chela* en qué estaba trabajando.

—Son los bocetos de la cometa con la que este año nuestro monasterio competirá. Todavía estoy dándole vueltas, pero voy a introducir una sorpresa cuya ejecución no he resuelto del todo.

El muchacho recorrió con su mirada curiosa el plano e hizo algunas preguntas:

—¿Dibujas siempre un esquema antes de armar una cometa?

—Sin un plan preciso, nada conduce a nada.

Tenzin movió la cabeza asintiendo.

—¡Vaya!... ¿volará? ¡Parece muy pesada! —exclamó.

—¡Y lo es! ¿Querrás ayudarme a construirla? —le propuso.

No se pensó la respuesta ni un segundo:

—¡Claro! —gritó entusiasmado.

Pero enseguida se dio perfecta cuenta de que eso no iba a ser posible. Los tutores no iban a permitirselo. ¿De dónde sacaría el tiempo? La disciplina era muy rígida en el monasterio.

El lama de las Cometas le alentó:

—No te preocupes, ya encontraremos el modo de que puedas venir a ayudarme. Si ése es tu verdadero propósito, nada podrá apartarlo de tu camino.

Tenzin aún había de descubrir cuál era el mayor anhelo de su corazón.

—¿Puedo elegir aquello a lo que dedicarme y entregar mis energías?

—Venimos a esta vida con una misión que llevar a cabo y no podemos ignorarla, pues fuimos enviados a desempeñarla. La ley del *dharma* nos asegura a todos un propósito que cumplir. Cuando lo aceptes, no tardarás en descubrir qué.

»A veces, pienso que es el propio sueño el que nos elige. Y nuestra única elección es cómo materializarlo. Es como si el sueño soñara a través del soñador... De algún modo, nos susurra: «Aliéntame, dame vida, permíteme existir... Quisiera crecer a través de ti y bendecir tu vida».